

LA EDUCACION DEL INDIO Y LOS IDIOMAS INDIGENAS

POR EL PROFESOR P. GONZALEZ CASANOVA

UN viejo problema, tenido en el olvido pero nunca resuelto, fue puesto recientemente de actualidad por la culta escritora doña Amalia Caballero de Castillo Ledón.

La distinguida dama señaló a la atención de nuestros educadores la barrera que ofrecen para la educación del indio los idiomas vernáculos, sin cuyo conocimiento previo es a todas luces imposible llevar a aquél los beneficios de la instrucción en particular y de la civilización contemporánea en general.

Al entrar en contacto con los reducidos núcleos de indios coras y huicholes que habitan la sierra del Nayarit, no podía escapar a su exquisita sensibilidad de escritora el hecho de que entre el indio y nosotros media una distancia insospechada y mucho más profunda de lo que se cree si se atiende sólo a la aparente fusión racial y a la ficticia comunión de ideales y sentimientos que nos presta la unidad política y la expansión en todo nuestro territorio de las diversas manifestaciones materiales del progreso moderno.

Pero entre el indio y nosotros no media nada más la barrera que presentan los idiomas indígenas, sí que también una sima muy honda abierta por éstos como expresión legítima que son de la mentalidad de la población aborigen y lazo inquebrantable con sus antiguas culturas, cuyos residuos, más o menos densos, vemos aparecer dondequiera como focos estériles o fecundos, indistintamente, en el organismo de nuestra cultura actual.

En los tales tienen su origen las fallas que advertimos del engranaje nacional dentro de las actividades económicas, religiosas, políticas y sociales, y las modalidades peculiares del pensamiento artístico acomodadas a la estética indígena que les da un sello propio, y a nosotros una personalidad que no tendríamos como simples herederos de la civilización del occidente de Europa.

Nuestras canciones, música, danzas y artes populares todas, en general, son pruebas elocuentes de esto último. Los tropiezos de

nuestra agricultura e industrias, las dificultades de nuestra vida económica, la persistencia de creencias y prácticas, restos del paganismo en derrota, la comisión de no pocos delitos provocados por la superstición, la torpeza que reprochamos injustamente al indio, su pereza y su ingratitud aparentes y, en una palabra, el lastre de vicios y defectos que acusamos al indio de arrojar sobre nuestra espalda, declara de sobra la verdad de lo primero.

Todas las facultades artísticas que alabamos en nuestro pueblo y todos los defectos y vicios que censuramos en el indio, lo hacemos refiriéndonos a una gran masa de la población, que tiene su origen en las razas aborígenes, pero que si conserva en parte las lenguas vernáculas, en su mayor número se vale de nuestra lengua, el español, como medio de comunicación con nosotros.

El contraste notable entre los progresos de su vida artística y su retraso en los demás campos de actividad de nuestra cultura y sus diversas manifestaciones, se explica sencillamente por el hecho de que en el primer caso enriquecimos su vida estética con la introducción de nuevos medios de expresión artística, comprendiéndolo ellos así desde luego, y, en el segundo, en cambio, conquistadores y misioneros en los siglos pasados, revolucionarios y maestros en el presente, todos hemos hecho por imponer nuestros ideales económicos, religiosos, políticos y sociales, sin advertir que está en pugna abierta con una concepción de la vida enteramente opuesta a la nuestra, como es la del indio, a la que corresponden formas milenarias de organización económica, social y religiosa que, destruidas en conjunto por el invasor, no podían ni debían desaparecer en sus detalles.

Y son los detalles justamente los que entorpecen la marcha del engranaje de nuestra vida nacional.

Planteado el problema, ya no con un núcleo de indios en particular, sino con la gran masa de la población de origen indígena, vemos que disminuye la importancia atribuída a los idiomas vernáculos como obstáculo para la expansión de la instrucción indispensable al progreso nacional.

La gran masa está dotada con el idioma español, se compone en mayoría de mestizos y, con excepción de reducidos núcleos dispersos en diferentes puntos de la República y en particular en los Estados del sur, no se puede asentar que el indio use exclusivamente su lengua materna, cosa que haría necesaria la redacción de libros de texto en gran número de idiomas y dialectos.

Además, si damos una ojeada a los datos aportados por nuestras estadísticas, no tardamos en comprobar que el número de analfabetos no está en proporción directa con el de individuos de habla vernácula; así, por ejemplo, en Yucatán, cuya población es bilingüe en

general, el número por ciento de analfabetos es muchísimo menor que en algunos Estados del centro, verbigracia: en Zacatecas, Durango y Aguascalientes, en los que no hay o son en número reducidísimo los individuos que hablan un idioma indígena, según el censo de 1921.

No quiero decir con esto que sea de desdeñarse el uso de las lenguas indígenas con fines didácticos. Pero, como en otra ocasión he tratado de demostrar con acopio de los datos indispensables ("La Revista Agrícola", julio, 1923), su valor en la práctica conviene reducirlo al de un simple medio de persuasión, para darnos a entender y facilitar nuestras demostraciones objetivas de la utilidad y ventajas que reportan el saber leer y escribir como instrumentos para adquirir conocimientos de aplicación ventajosa dentro de las actividades de su vida de trabajo, y el solaz que la lectura puede procurarle en sus momentos de ocio.

Esto es: el valor de las lenguas indígenas debe reducirse prácticamente a un mero medio de propaganda, explicando en términos generales las ventajas de la civilización, para despertar en el indio el deseo de instruirse.

La exhibición de películas instructivas de carácter agrícola, zootécnico e industrial y la enseñanza objetiva de dichas materias para mejorar sus condiciones económicas; la de películas de cuidados higiénicos, los más sencillos, para alivio de sus enfermedades, y la de otros asuntos que lo impresionen con el convencimiento de que su mundo no debe acabar con los límites de su aldea, seguidas o acompañadas de explicaciones en la lengua de la región por maestros bilingües, que los hay en buen número y que sólo sería necesario preparar convenientemente y remunerar mejor, es, a mi humilde juicio, lo que conviene hacer.

Conquistado a nuestra civilización, cuando palpe sus ventajas materiales y morales, no tardará el indio en abandonar su lengua por la nuestra; olvidará la jerga indo-española que suele hablarse en algunos lugares apartados en las transacciones comerciales, y conforme avance en cultura será más rica su lengua y más inteligible para nosotros y mutuamente nos comprenderemos mejor.

En esta forma salvaremos el peligro que no supieron advertir al principio los misioneros del catolicismo, que con tanto celo y abnegación se dieron a la ardua tarea de escribir y catequizar en los idiomas vernáculos, deformando y torciendo el valor de los vocablos para acomodarlos a su doctrina, sin caer en la cuenta de que un idioma no es sino un simple medio de expresión del pensamiento individual o colectivo en relación directa con su psicología, con su mentalidad y concepción del mundo, de acuerdo con su cultura y tradición de familia, de clase, de tribu, de nación, modificable sólo por la instruc-

ción y la conquista de nuevos horizontes para su vida material y espiritual, de las que las palabras son meros símbolos.

Malamente podríamos pedir a lenguas primitivas, como son las indígenas, que se acomoden a ser la expresión fiel de conceptos y objetos ajenos a la mentalidad y vida de los que las hablan.

Lo que sí podemos y debemos esperar de su estudio lingüístico y filológico es que nos revele la psicología del indio y contribuya al conocimiento de la psicología del lenguaje en general, de su proceso de evolución, de sus recursos insospechados quizá. Y por el conocimiento de sus tradiciones orales, leyendas, cuentos, canciones, chascarrillos, adivinanzas, penetraremos en el alma del indio con provecho de su educación y gobierno futuros y salvando para la comprensión de la humanidad los documentos preciosos que significan esos últimos restos de pasadas culturas. Y no sólo eso, sí que también lograremos levantar en parte el velo de su historia protohispánica y penetrar en el terreno esotérico de sus concepciones cosmogónicas y religiosas.

Esto último importa en particular con los idiomas aborígenes que nos han conservado una literatura y que corresponden, al parecer, a las principales culturas: la mayaquiché, la mexicana, la zapoteca y la tarasca. Pongamos cátedras de esas lenguas en nuestra Universidad, siguiendo el ejemplo de Europa, encomendándoselas a individuos familiarizados con ellas desde la infancia y, además, cultos. Así tendríamos, el arqueólogo Porfirio Aguirre para la de mexicano, y el joven literato y folklorista Barrera, para la de maya.

No sería difícil encontrar otros tantos para las demás lenguas más importantes y, así, desde luego se haría una obra fecunda, mucho más que la meramente gramatical y catequística de los siglos pasados, pues hoy podemos contar con el auxilio de la fonética, y la experiencia tenida con el estudio de las lenguas romances nos proporciona métodos de investigación excelentes.

Mas no tratemos de dar al indio la instrucción en su lengua como cometieron el error, que más tarde lamentaron, los misioneros. Valgámonos de ella, sí, para ganarnos su confianza, para persuadirlo a ir con nosotros y aun para enseñarle los rudimentos del español que, lo queramos o no, es la lengua nacional.

Pero cuidemos, a la vez de no impacientarnos, de no intentar forzar al indio a abandonar su lengua, porque destruiremos en germen su futuro amor patrio.